CAPITULO XI.[1]

De la vida, eminentes letras y religiosísimas virtudes del P. Dr. Pedro de Hortigoza, de la Compañía de Jesús.

§ I

De sus primeros estudios, grandeza de ingenio que en ellos mostró y entrada en la Compañía.

Por favores también de nuestro bienaventurado Patriarca San Ignacio, podemos contar los ilustres varones en letras y religión que Dios Nuestro Señor desde sus principios ha dado á nuestra Indiana Provincia de México, porque así como cuando el Santo fundaba la Compañía, bien entendió y se lo significó al Embajador del Rey de Portugal que la fundaba para que se extendiese no sólo en el Antiguo Mundo sino en el Nuevo, que también bañan los rayos del sol, y ya los resplandores de la luz del Evangelio lo alumbran, así también debemos entender que ahora desde el cielo favorece, y ampara y amplifica las familias y Provincias suyas que han penetrado este Nuevo Mundo; y entre los otros favores que nuestra Provincia reconoce de nuestro glorioso Padre, uno de grande estima es, el haber venido á ella hijos suyos y varones ilustres que criados con la doctrina é instituto de sus reglas la ilustraron, regaron y fertilizaron, cogiendo abundantísimos frutos de su santa doctrina y esclarecidos ejemplos de sus vidas. Razón que nos obliga á hacer aquí memoria de ellos.

Habiendo de escribir en este y en los capítulos siguientes, las vidas y esclarecidas virtudes de sujetos insignes, religiosos de la Compañía de Jesús, que en nuestro Colegio primario de México, habiéndose empleado en santos ministerios, en él consumaron el curso de sus muy ejemplares vidas; por muchos títulos debemos comenzar y poner en primer lugar la del eminente Dr. P. Pedro de Hortigoza, que demás de haber dado principio á la lectura de facultades mayores, cuando la Compañía abrió sus escuelas en la insigne ciudad de México, y haber leido en el dicho Colegio la cátedra de prima de la sagrada Teología por tiempo de cuarenta años, fué maestro universal de los sujetos más ilustres en letras que ha habido en este tiempo, en el extendido Reino de la Nueva España; títulos todos que juntos con los admirables ejemplos que en toda su vida dió de religiosísimas virtudes, obligan á que demos este primer lugar al venerable P. Pedro de Hortigoza, á quien desde sus tiernos años parece prevenía la Divina Providencia para los grandes empleos en que (como iremos viendo) se había de ocupar.

Nació en la villa de Ocaña, Arzobispado de Toledo, y siendo de muy pocos años, reconociendo sus padres la viveza y presteza de su ingenio,

1. Véase la advertencia al principio del tomo I.

lo aplicaron á que estudiase la Latinidad. Leyó en esta ocasión en Ocaña el P. Hernán Suárez de la Concha, uno de los primeros Padres que vinieron á fundar la Compañía á la Nueva España, y de quien atrás queda hecha honorífica mención. El cual á las primeras lecciones que dió y tomó á su nuevo discípulo, halló tanta facilidad y despejo en dar cuenta de lo que estudiaba ó daba de memoria, que le preguntó si acaso antes había estudiado, y pasó esto tan adelante, que el día que había de argüir ó salir en público á conclusiones, ó á otro ejercicio literario de su facultad, aunque como niño se hubiere entretenido hasta la hora de lección, de repente hablaba con tanta agudeza y daba razón de todo con tanta puntualidad, que los que le oían lo juzgaban por cosa rara y admirable. Y fué tan célebre en España la fama de este jovencito estudiante, que el P. Juan de Bonifacio, en el Libro segundo de la obra que imprimió é intituló *Christiani pueri institutio*, tratando de los raros ingenios de niños que ha habido en el Mundo, cuenta entre ellos á nuestro Padre y le llama *Puer Carpentanus*. Donde pondera que en sólo nueve meses desde el día que le pusieron el arte en las manos, no sólo aprendió toda la gramática latina, y la hablaba sueltamente, sino también componía todo género de verso latino á que después añadió la lengua griega, y en todo salió tan eminente, que aun hasta los últimos años de su prolongada vida admiraba la puntualidad con que notaba y cogía al vuelo las erratas de los versos que oía, corrigiéndoles con tanta presteza y agudeza, como si entonces estudiara la poesía.

El que tan aventajado y vivo se mostraba en la gramática, bien se echa de ver con cuántos mayores resplandores luciría en sus estudios mayores, que es donde se afinan las grandes habilidades é ingenios. Pasó á oir su curso de artes á la Universidad de Alcalá, y alcanzó en él tanto nombre, que no sólo en aquella Universidad, sino aun fuera de ella, corría su fama. Luego que se graduó de Bachiller en artes, que en la Universidad de Salamanca y de México es grado que corresponde al del Licenciado en la Universidad de Alcalá, le llamó Dios para la Compañía, para lo cual tenía destinado un sujeto tan lucido que la había de ilustrar con su gran caudal de letras y virtudes de perfección religiosa. Algo se dificultaba su entrada por la pequeñez de la estatura de cuerpo y dudarse de la edad de 18 años que él decía que tenía, pero venció la grandeza de su insigne habilidad para recibirlo en la Compañía. Entró en ella día de la Invención de la Santa Cruz, el año de 1564. Este día con el que de allí á dos años hizo sus votos, y el de su profesión solemne á 10 de Septiembre año de 1581, tenía notados en un papel de su letra y firmado de su nombre, para dar cada día gracias á Nuestro Señor en la Misa por el singular beneficio de haberle traido á su casa y Compañía. En el noviciado se dió tan de veras á todos los ejercicios de virtudes que en ella se profesan, y echó tan profundas raíces, y salió tan aprovechado en ellas, cuanto se echó de ver todo el largo tiempo que en la Religión vivió, con los ejemplos de santidad que adelante veremos.

Cumplido su noviciado de dos años y hechos sus votos, entró á oir la Teología en nuestro Colegio de Alcalá, con tan lucido aprovechamiento, que los superiores y maestros por la gran satisfacción que tenían del sujeto, le encargaron presidiese en conferencias á nuestros hermanos estudiantes sus condiscípulos. Lo cual ejercitó con tanta

eminencia, que salían los rayos de su grande ingenio y lucían en aquella Universidad. Y sucedió tal vez, que hallándose en esa insigne Universidad, siendo todavía estudiante, nuestro hermano Pedro de Hortigoza á un acto público, á que presidía el Dr. Almonacir, conocido por sus letras y escritos, que honrándole con título de Paternidad, no tan usado en aquel tiempo, le obligó á que replicase, no obstante que por ser mozo y no estar graduado en aquella facultad, lo contradecían algunos religiosos. Y salió tal la réplica, que dijo de ella el maestro, que había sido la más insigne que había oido en aquellas escuelas.

Y luego que el hermano Hortigoza acabó de oir sus cuatro años de Teología, y antes de recibir los Sacros Ordenes (por falta de edad), le mandaron los superiores suceder en la cátedra de Teología á su insigne maestro el P. Azor, y serlo de sus mismos condiscípulos concurriendo en este tiempo el ser maestro de Teología cuando también la leía el sapientísimo P. Alonso Desa. Después prosiguió su lectura, siendo ya sacerdote el P. Hortigoza, con la misma satisfacción en nuestro Colegio de Plasencia, adonde mudó la Compañía los estudios que tenía en el Colegio de Ocaña, por mayor comodidad entonces de los estudiantes.

§ II

Pasa el P. Pedro de Hortigoza á la Nueva España; empleos que en ella tuvo y lo que fueron estimadas sus letras y doctrina.

Muy bien ocupado y empleado, con opinión de eminente ingenio, estaba el P. Pedro de Hortigoza, cuando N. P. General Everardo Mercuriano, el año de 1577, deseando que se fundasen y entablasen los estudios que la Compañía profesa en una ciudad tan insigne como la de México, y cabeza de un Reino tan extendido como el de Nueva España (no sin impulso del cielo, como lo mostraron los felices efectos), señaló al dicho Padre para que como el primer maestro leyese en él las facultades mayores. El cual luego que oyó la voz de Dios Nuestro Señor por medio de la santa obediencia, que lo enviaba á una Provincia tan remota y nueva en aquel tiempo como la de Nueva España, pues no había más de cinco años que los de la Compañía habían pasado á ella; ni reparando en la opinión y crédito que de él se tenía en España, aceptó su obediencia como aquel que estimaba en más el resignarse en la voluntad de Dios, que todas las glorias y aplausos del mundo.

Finalmente, pasó en compañía de los segundos sujetos que de la Compañía vinieron á la Nueva España, por gran dicha suya y de todo el Reino, donde por boca de todos era llamado el Padre y maestro de la Teología. Y porque en este tiempo (como al principio de esta Historia queda dicho) eran muy pocos los que cursaban las escuelas de letras en México, el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial, dijo al P. Hortigoza: Padre mío, si quiere discípulos en Teología, hágalos; y así con nuevo gusto, se encargó del primer curso de artes, y comenzó á leer las súmulas y primeros rudimentos de esta facultad, el que había sido maestro de la Teología en una Universidad tan célebre como

la de Alcalá, y acabado de leer el curso de artes, comenzó á leer la cátedra de Teología prosiguiéndola por espacio de casi cuarenta años, sin haberla interrumpido más que tres años, que fué Rector del Colegio de México y pasó á Roma por Procurador de la Provincia. Y así todas las religiones, cabildos eclesiásticos y Universidad insigne de México, reconocieron al P. Pedro de Hortigoza por su universal maestro. Y sacó tantos discípulos para todo este Nuevo Mundo aventajados en letras, que muchos de ellos honraron las sagradas religiones con su doctrina y gobierno, otros en las catedrales alcanzaron honrosos puestos y algunos sillas episcopales de Iglesia, otros ocuparon lugares en audiencias. Y finalmente, fueron innumerables los discípulos del P. Pedro de Hortigoza, que en beneficios y curatos de almas, con la doctrina que aprendieron de tal maestro, hicieron grande fruto en Españoles é Indios.

Hallándose, pues, la Universidad honrada con un tan universal maestro (porque aunque el P. Hortigoza no leía en ella, sino en nuestro Colegio, pero no le perdían lección los cursantes en la Universidad á diferente hora), queriendo, pues, honrarse con dar el grado tan merecido y borla de Doctor al que reconocían todos por maestro, toda ella lo pidió á la Compañía. La cual escribió sobre esta demanda á N. P. General, pidiéndole licencia y dispensación para que el P. Pedro de Hortigoza recibiese el grado de Doctor. Nuestro Padre lo concedió con mucha voluntad, por las circunstancias y razones que aquí se interponían. Concedida esta licencia, no quiso la Universidad que en grado tan merecido hiciese el Padre, ni la Compañía, ni otra persona por él, gasto alguno de propinas ó pompa, teniendo por más estimable propina la doctrina que de tal maestro recibían. Para que fuese más célebre este acto, quiso el señor Arzobispo de México, Dr. Pedro Moya de Contreras (que después fué Presidente del Consejo Real de Indias), que en sus Casas Arzobispales se juntasen todo el Claustro y los Cabildos eclesiásticos y seglares, la nobleza, estudiantes y gente de cuenta de la ciudad, queriendo hacer su Ilustrísima esta honra al P. Pedro de Hortigoza por tenerlo por su maestro (como después veremos) y por las raras virtudes y humildad que en él reconocía. Y por el mismo caso que sabían que eran muy ajenos de su humildad estos aplausos, ponía más cuidado Su Señoría en solicitarlos. Con todo este acompañamiento y honra salió nuestro humilde Padre desde las Casas Arzobispales hasta la Universidad, añadiéndose á esto otra singular demostración de estima y honra que quiso hacer el señor Arzobispo á persona que tanto estimaba, como al P. Hortigoza; que fué llevarlo á su lado, con todo el dicho acompañamiento hasta la Universidad. Y no fué sólo este favor el que recibió de su Ilustrísima; porque también á los actos de sus *quotlibetos*, y repetición, se quiso hallar presente el Ilustrísimo Prelado. Recibió el P. Pedro de Hortigoza la borla y grado de Doctor con grande alegría de todos el año de 1582. Y como fué de los primeros y antiguos graduados en la Universidad, y vivió tantos años, fueron muchos los que duró como decano de la facultad, y grande el número de los discípulos que graduó. Los cuales tenían á grande dicha recibir el grado, ora fuese de bachilleres, ora de licenciados, ora de doctores de mano de tal Doctor, porque como ellos decían, en eso tenían honra y provecho: honra por recibir el grado del que era maestro de todos, y provecho porque nunca llevó propina,

ni otro derecho alguno de los que usan pagar en la Universidad, y así todos lo reconocían por universal benefactor. Si hubiéramos de contar el número de discípulos ilustres en calidad y aventajadas letras que sacó á luz, y adornó con su doctrina este grande Doctor, fuera nunca acabar. Pero fué tan insigne uno de ellos, que aunque hicimos mención de él en el primer Libro de esta Historia, pero por honra de su maestro no podemos dejar de repetirla aquí. Discípulo insigne del P. Pedro de Hortigoza, fué el Ilustrísimo Señor Doctor Prelado de la Iglesia Arzobispal y Metropolitana del muy extendido y dilatado Reino de México, Dr. Pedro Moya de Contreras, persona de quien hizo tanta estimación el señor Rey Felipe II, que de las Indias lo llamó á España, para que presidiendo á su Consejo Real en Madrid, desde él gobernase todas las Indias. Este, pues, tan gran personaje y Doctor graduado en cánones, estimó en tanto las letras, religión y virtud del P. Pedro de Hortigoza, que no se desdeñó de ser su discípulo, ni las ocupaciones de Arzobispo de México le fueron estorbo para oir de tal maestro todo el curso de artes, comenzando de sus primeros rudimentos que son las súmulas. Y habiendo estudiado con toda exacción todo el curso de artes, quiso también oir el de la sagrada Teología, con tan singular aplicación y estudio, que todos los días á hora señalada iba el P. Hortigoza á su palacio, donde el Arzobispo tenía sus conclusiones y ejercicios literarios, convidando para ellos no sólo á los doctores y religiosos más doctos, sino también á muchos estudiantes, de quienes tenía noticia ser los más aprovechados en sus estudios, á quienes acabadas las conclusiones y actos, regalaba con tanto amor y humanidad, que edificaba y robaba los corazones de todos; á que añadía Su Señoría el ir algunas veces á nuestro Colegio, no para asistir á actos de letras muy célebres (que aun eso fuera mucha honra), sino á conclusiones ordinarias que llaman sabatinas, por oir á su maestro P. Hortigoza; cuyo Ilustrísimo discípulo salió muy aventajado en una y otra facultad de artes y Teología, y le pesaba de no haberlo tenido por maestro desde sus años juveniles.

Y finalmente, hizo tanta estimación el santo Arzobispo del P. Pedro de Hortigoza, que convocándose el Concilio Provincial Mexicano el año de 1585, á que concurrieron siete obispos sufragáneos, doctos, santos y de grande prudencia y gobierno; presidiendo él como Metropolitano y siendo juntamente Virrey de la Nueva España el Ilustrísimo D. Pedro Moya de Contreras, encargó al P. Dr. Pedro de Hortigoza, que dispusiese las materias y sesiones que se habían de tratar en el Concilio, sus cánones y decretos, en que trabajó mucho, y en grande utilidad de las iglesias, gobierno y clero de este Nuevo Mundo. Después de lo cual, cuando el Arzobispo hubo de ir á España por Presidente del Consejo de Indias, llevó en su compañía á su maestro el P. Pedro de Hortigoza, el cual en esa sazón fué electo en nuestra Congregación Provincial por Procurador á Roma. Y vuelto de esta jornada, prosiguió en su lectura de cátedra de Teología.

El Tribunal Santo de la Inquisición, cuyo calificador más antiguo fué, por muchos años se valió mucho de su parecer, prudencia y consejo; fiando tanto de sus letras, experiencia y secreto, que solía decir uno de los más graves Inquisidores, y que lo había sido en España, que era uno de los mejores Ministros que había conocido en la Monarquía. La Universidad Real de México trató muchas veces de elegirlo por su Rector, y lo hubiera hecho, si él con su mucha Religión no lo hubiera estimado, representando con su mucha humildad, que esa dignidad no era conforme al Instituto de la Compañía. Y cuando como decano confería los grados en la Universidad, hacíalo con tanta erudición, gracia y destreza, que eran grandes los concursos á verle y oirle. Con la misma estimación consultaban al P. Dr. Pedro de Hortigoza los Virreyes, Arzobispos y demás tribunales, aunque el Padre era tan humilde y poco inclinado á lucir, que cuanto era de su parte se retiraba y escondía. Llegó su fama y nombre de insigne Doctor, no sólo á las Filipinas, adonde (como en su lugar se dirá) pasaron sus discípulos á fundar las letras, y al Perú, por la comunicación y cercanía de sus Provincias de Indias, mas á los Reinos de Castilla y Universidades de la Europa, con tanta estimación de su doctrina, que habiendo algunos de su Provincia remitido á consultar casos particulares de Indias con la firma y parecer del P. Pedro de Hortigoza, respondió el eximio Dr. P. Francisco Suárez, que era para él de tanto peso el parecer y doctrina del P. Pedro de Hortigoza, que hacía coro de por sí entre grandes maestros; y á nuestros hermanos estudiantes que pasaban á nuestra Provincia de Nueva España, les decía: «Teniendo allá al P. Hortigoza, no tienen que envidiar cosa de por acá:» y religioso nuestro vino de España que afirmó haber oido, que el mismo P. Suárez había mudado de opinión en cierta materia, convencido de las razones y parecer del P. Hortigoza; y no es mucho, pues aun siendo estudiante confesó el P. Maestro Deza, que había mudado otra por el mismo respecto; y N. P. General Claudio Aquaviva hizo tanta estimación de las letras y doctrina del P. Hortigoza, que cuando fué á Roma deseó que se quedase por allá y le convidó con la cátedra de Teología del Colegio de Nápoles, lo cual el Padre con mucha humildad agradeció por la estima que su Paternidad hacía de su persona, pero con otra tanta sumisión y resignación le propuso que no parecería bien que habiéndole fiado su Provincia los negocios más graves de ella, dejase de volver con la respuesta; y así, si su Paternidad le daba licencia, se volvería á su Provincia de Nueva España, de que nuestro Padre quedó muy edificado, y con ella volvió el P. Pedro de Hortigoza acompañado de muy buen número de sujetos, y llegado á México prosiguió con la lectura de su cátedra de Teología, con las mismas veras y continuación con que había comenzado.

§ III

Deja este insigne maestro de leer su cátedra, y refiérense sus virtudes y ejercicios santos en que se empleó en el resto de su vida.

Aquejado ya nuestro maestro y Dr. P. Pedro de Hortigoza con los achaques de su mucha edad y jaquecas que padecía sobre casi cuarenta años de continua lectura, con parecer de los superiores alzó mano el año de 1610 de esta ocupación, sucediendo en ella otro grande maestro, P. Diego de Santiesteban, de cuya religión y letras adelante se dirá. Desocupado el P. Hortigoza de su lectura, no por eso se excusaba emplearse en muchas obras de caridad. Porque lo primero,